

ESTUDIOS

MAQUIAVELO REDIVIVO

Maquiavelo estaba muerto, pero su teoría aparecía en unas reencarnaciones siempre reiteradas.

ERNST CASSIRER

Maquiavelo se ha convertido a causa de *El Príncipe* en la piedra de escándalo de la civilización occidental, si no de la humanidad entera. Execrado y anatematizado su nombre, prohibida y perseguida la lectura de su libro, tergiversado y difamado su pensamiento, con todo, Maquiavelo no ha naufragado en el mar de la deshonra y calumnia ni ha sido aplastado por el alud de vociferaciones de moralistas y políticos, de historiadores y teólogos. Cada generación y cada período de la historia han vuelto porfiada y tenazmente a repensar sus ideas, a calibrar el alcance de las mismas y a valorar la moralidad de su enseñanza política. Si en Florencia, antes de Maquiavelo, güelfos y gibelinos disputaban hasta el odio y la muerte sobre las potestades imperiales y pontificias, después de él dos bandos irreconciliables discuten todavía en todo el mundo sobre la peligrosidad de *El Príncipe*. Parece que Maquiavelo vuelve a la tierra una y otra vez para atizar el fuego de las disputas políticas y señalar rumbos a la ciencia política que él iniciara en la época moderna.

I. PERSONALIDAD DE MAQUIAVELO

El conocimiento de la personalidad auténtica de Maquiavelo tropieza todavía con serias dificultades de orden subjetivo. Los prejuicios religiosos y las pasiones políticas, en el pasado, deformaron la personalidad de Maquiavelo hasta el grado de convertirla en una caricatura grotesca y risible. Hubo un tiempo en que el nombre de Maquiavelo se convirtió en la encarnación del mal. Lo perverso, lo avieso, lo inicuo y todo el cúmulo de disvalores morales

no era demasiado mucho para expresar la esencia del maquiavelismo. Católicos y protestantes coincidieron, desde el punto de vista religioso, en el juicio moral sobre la personalidad de Maquiavelo y la índole de su pensamiento. No se quedaron a la zaga, desde el punto de vista político, los monárquicos y republicanos. De este modo, la personalidad auténtica de Maquiavelo quedó emborronada y manchada hasta el punto de volverse irreconocible.

¿Existe en el presente una actitud desprevenida para conocer la personalidad auténtica de Maquiavelo? Sus jueces de hoy son los sociólogos y politólogos, y no los teólogos y políticos. ¿Qué imagen de Maquiavelo es capaz de suscitar la sociología política o la ciencia política, si en verdad son dos disciplinas distintas? Una hipótesis de trabajo a la cual podríamos echar mano, como a un auxiliar pragmático para el conocimiento explicativo de la personalidad auténtica de Maquiavelo, es la empleada recientemente (pero no del todo desconocida) por algunos investigadores norteamericanos y orientada a explicar lo que se ha llamado la *personalidad básica*, teniendo en cuenta las motivaciones individuales en los diversos niveles del psiquismo. «Para ello —dice Jean Meynaud en una brevísima referencia a dicha hipótesis— ha de estudiar los diversos factores capaces de darle su configuración» (1).

Nicolás Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469. Su padre, Bernardo, era un jurisconsulto y hombre de estudio, que desempeñó diversas funciones de índole financiera y judicial. Su madre, Bartolomea de Nelli, procedía de una antigua familia de Florencia y era mujer inteligente y culta. Se le atribuyen unos *Laudi* que no lograron llegar hasta el presente. Los Machiavelli, una de las familias más antiguas de Toscana, no pertenecían a la vieja nobleza rural, sino a la burguesía. «Estaban probablemente inscritos en el Arte de los Notarios y Jueces —anota Agustín Renaudet—, corporación rica, poco amada del pequeño pueblo, pero cultivada y de espíritu curioso. Güelfos desde el siglo XIII, se vanagloriaban de haber dado a la república cincuenta priores y doce gonfaloneros. Sentían poco afecto por los Médicis. Girolamo Maquiavelo, exiliado bajo Cosme, había intrigado contra él en las ciudades y las cortes de los príncipes; traicionado por un pequeño señor de Luniagiana y traído a Florencia, había muerto en prisión» (2).

Aunque nada se sabe de la formación intelectual de Maquiavelo en su niñez y juventud, es fácil suponer la influencia familiar en lo que se refiere a actitudes sociales, elección de profesión y directrices políticas en una época y ciudad donde la cohesión y la tradición de familia señalaban el papel social

(1) JEAN MEYNAUD: *Introducción a la ciencia política*, pág. 130, Tecnos, Madrid, 1960.

(2) AGUSTÍN RENAUDET: *Maquiavelo*, pág. 35, Tecnos, Madrid, 1956.

de los individuos. Factor esencial en la educación de Maquiavelo es, indudablemente, el humanismo; pero no el humanismo platonizante instituido por Lorenzo de Médicis, sino el humanismo de signo positivista de Coluccio Salutati. Hay, sin embargo, algo abonable a los humanistas florentinos en general: la idea de la explicación de la sociedad como un proceso meramente humano desligado de fuerzas trascendentes. El Estado es, en consecuencia, una institución creada por los hombres.

La educación de Maquiavelo no fue en su aspecto formal distinta de la que recibían los jóvenes de su mismo estamento social. Educación saturada de humanismo sin duda, teniendo como vértebra el latín y el griego. No es seguro que conociera el griego. Para su temperamento valía más el espíritu que la letra del humanismo. De su afición a las *bellas letras* tenemos testimonios abundantísimos en verso y prosa. Poemas satíricos, comedias y crónicas nos muestran que Maquiavelo pagó tributo en su juventud al menos a la poesía. Y aun aspiró a figurar con honor en el Parnaso italiano. F. de Sanctis y F. Flora hacen alusión a la presencia de Maquiavelo «en Roma en 1515, cuando apareció el *Orlando Furioso*». Dicen que «alabó el poema, pero no ocultó su desagrado por haberlo omitido Ariosto en la larga lista de los poetas italianos, que formuló en el último canto» (3). La inquietud poética le venía seguramente por línea materna. En lo que se refiere a su educación profesional, no faltó el estudio de la jurisprudencia, pues descendía por línea paterna de jurisconsultos y políticos activos.

Maquiavelo pertenece psicológicamente al tipo ideado por William James y denominado por él mismo *tough mind*. El retrato de Maquiavelo que se conserva en el Palacio Viejo de Florencia refleja un espíritu superior dotado de inteligencia vivaz, fría, analítica y escéptica. De Sanctis considera que su fisonomía florentina tiene gran semejanza con Lorenzo de Médicis. «Es visible en Maquiavelo —dice De Sanctis— el espíritu incrédulo y burlón de Lorenzo, impreso sobre la frente de la burguesía italiana en aquel tiempo. Tenía también aquel sentido práctico, aquella inteligencia de los hombres y de las cosas que hizo a Lorenzo eminente entre los príncipes, y que por lo general hallamos en los estadistas italianos de Venecia, de Florencia, de Roma, de Milán, de Nápoles, cuando vivía Fernando de Aragón, Alejandro VI, Ludovico el Moro y los embajadores venecianos escribían retratos tan vivos y sagaces de las cortes en que moraban. Existía el arte; faltaba la ciencia. Lorenzo era el artista, Maquiavelo debía ser el crítico» (4).

(3) FRANCESCO DE SANCTIS y FRANCESCO FLORA: *Historia de la literatura italiana*, volumen II, pág. 66, Losada, Buenos Aires, 1953.

(4) Idem, pág. 68.

Si el estilo es el hombre, Maquiavelo revela su carácter de manera excelsa a través de todos sus escritos: desde sus sátiras de pasatiempo hasta su obra maestra *El Príncipe*. Larga es la lista de los adjetivos con los cuales se trató de calificar sin lograrlo de modo exhaustivo al hombre Maquiavelo. Los más conocidos y divulgados son: observador, realista, pragmático, crítico, irónico, satírico, burlón, escéptico, etcétera. Su contemporáneo y en algunos aspectos émulo Guicciardini le censuraba por las costumbres plebeyas y *fuera de la regla*. En verdad Maquiavelo estaba por encima de las formas externas. Queda en claro entre tanto epíteto su viril dignidad, su carácter templado y su sincero patriotismo.

La vida y la actividad de Maquiavelo se encuadran en un período de la historia de Occidente realmente luminoso. Se ha comparado este trayecto del Renacimiento con el siglo de Pericles, mirando hacia el pasado, y con el siglo de Luis XIV, mirando hacia adelante. Es comparable también con el período del idealismo alemán, que tiene como centro a Goethe. Ciertas condiciones económicas, sociales y culturales hicieron posible estos momentos históricos de proliferación de hombres superiores y de floración milagrosa del espíritu. Florencia e Italia fueron en aquel entonces pródigas en personalidades sobresalientes en las más variadas actividades, tanto espirituales como económicas y sociales: la ciencia, el arte y la conducción de las sociedades humanas. Lorenzo de Médicis, Savonarola, Leonardo da Vinci, Miguel Angel, César Borgia, Alejandro VI, Julio II y varios otros son hombres coetáneos de poderosa energía y de gran carácter y de ahí que imprimieran a su momento histórico el sello indeleble de su personalidad.

¿Cómo eran Florencia e Italia en los días de Maquiavelo? Jacobo Burckhardt, Funck Brentano y otros historiadores del Renacimiento han pintado con vivos colores aquellos escenarios de historia política y de cultura. A continuación citamos las imágenes de Florencia e Italia renacentistas evocadas con entusiasmo y orgullo nacional por De Sanctis y Flora. «Florencia era todavía el corazón de Italia; allí aún había los rasgos de un pueblo, existía la imagen de la patria. La libertad aún no quería morir. La idea gibelina y güelfa se había extinguido, pero, en cambio, vivía la idea republicana a la romana, efecto de la cultura clásica, que, robustecida por el amor tradicional del vivir libre y por los recuerdos gloriosos del pasado, resistía a los Médicis. La práctica de la libertad y las luchas políticas mantenían firme el temple del ánimo y volvían posible a Savonarola, Capponi, Miguel Angel, Ferruccio y la inmortal resistencia a los ejércitos del Papa y del Imperio. La independencia, la gloria de la patria y el amor de la libertad eran fuerzas morales, vueltas más agudas y vivaces por el contraste con la corrupción medicea» (5).

(5) Idem, pág. 69.

Italia era en aquel tiempo el país más civilizado de Europa. A él dirigían sus miradas como a un modelo digno de imitar España, Francia, Inglaterra, Holanda y Alemania. De Sanctis y Flora dicen que «Italia tenía aún su orgullo tradicional y miraba a Europa con los ojos de Dante y Petrarca, juzgando bárbaras a todas las naciones transalpinas. Su modelo era el mundo griego y romano, que trataba de asimilarse. Descollaba por cultura, por industrias, por riqueza, por obras de arte e ingenio: tenía, sin disputa, el primado intelectual de Europa. Grande fue la consternación entre los italianos cuando tuvieron a los extranjeros en la casa, pero se acostumbraron y coquetearon con ellos, confiando en expulsarlos a todos mediante la superioridad del ingenio. Es un espectáculo lleno de enseñanzas ver, entre lansquenets, suizos, alemanes, franceses y españoles, la alta y despreocupada carcajada de los literatos, artistas, latinistas, cuentistas y bufones en las elegantes cortes italianas. Hasta en los campamentos los sonetistas asediaban a los príncipes. Juan de Médicis caía entre los chistes de Pietro Aretino. Los extranjeros contemplaban atónitos las maravillas de Florencia, de Venecia, de Roma y tantos milagros del ingenio; y sus príncipes regalaban y cortejaban a los literatos, que con igual indiferencia celebraban a Francisco I y a Carlos V. Italia era humillada y estudiada por sus devastadores, como Grecia lo fue por los romanos» (6).

Florencia era a la sazón el epicentro de la política italiana. Su riqueza y elevado grado de cultura la habían convertido, ya desde la Alta Edad Media, en el escenario de una intensa vida política que afectaba no sólo a su propio destino, sino también al de toda Italia y al de los países comprometidos en la idea del Sacro Imperio Romano. Las rivalidades y luchas sangrientas y despiadadas de güelfos y gibelinos la conmovieron profundamente y atrajeron sobre sí tanto las iras santas de los Papas como los odios profanos de los emperadores. Las conmociones sociales, provocadas por las ambiciones de los gremios en colisión, eran apenas el síntoma externo de la transformación interior de la forma comunal de gobierno en *señoría*, transformación que al fin y a la postre beneficiaría a la familia de los Médicis. Republicanismo y señorío resultaban así dos ideologías que ocultaban los intereses en contraposición de dos bandos hostiles entre sí. En el fondo se agitaban los odios de familias o castas o clanes. A las rivalidades intestinas de Florencia asistiría primero Maquiavelo como espectador y luego como actor.

Maquiavelo fue en su juventud testigo ocular de dos acontecimientos sobresalientes de la vida política de su ciudad: La tiranía civil de Lorenzo de Médicis y la restauración de la república con el fraile Jerónimo Savonarola. «Maquiavelo —dice Agustín Renaudet— creció bajo Lorenzo el Magnífico.

(6) Idem, págs. 70-71.

Tenía veintitrés años cuando Lorenzo, murió, todavía joven, el 8 de abril de 1492... El gobierno de Lorenzo el Magnífico es, sin ninguna duda, una tiranía. La palabra, pronunciada por los contemporáneos, fue recogida por Guicciardini, que define exactamente los hombres y las cosas. No una tiranía militar, como las que prevalecen en Italia del Norte y cuyo ejemplo más típico lo constituye el gobierno de los Sforza en Milán. Una tiranía civil, burguesa, de una familia de banqueros, convertida por el poder del dinero en dueña del Estado. Una tiranía que evitaba la apariencia de ilegalidad, que afectaba respetar las formas republicanas y la Constitución. Una tiranía que evitaba cuidadosamente el aparato militar: los Médicis sólo se endosarán la armadura después de 1530, cuando, por la gracia de Carlos V, se convierten en duques de Florencia. En Lorenzo, como en Cosme, su abuelo, todo el arte de la política se reduce a multiplicar los consejos y magistraturas de hombres allegados a su casa, ligados al porvenir de su casa por todos los intereses, y a introducir prudentemente en la Constitución, con el asentimiento de los consejos y asambleas, ciertos retoques, pocos, sí, pero esenciales, y que sin alterar el carácter general, por lo menos aparentemente, facilitan los progresos insensibles y decisivos del poder personal. Como las tiranías antiguas o las tiranías italianas después de la Edad Media, el régimen presenta caracteres demagógicos. Contra la rica burguesía que hasta 1434, fecha del triunfal retorno de Cosme, dominaba la política de la ciudad, los Médicis se apoyan en las clases populares, procurándose por diversos medios su favor: un sistema de contribuciones, leve para los humildes y pesado para la vieja riqueza; una economía que, cuidadosamente dirigida, asegura las subsistencias a bajo precio; la multiplicación de fiestas, el jolgorio de un constante carnaval. Nada, pues, que no se ajuste a las más elementales máximas del despotismo» (7).

Dos años después de la muerte de Lorenzo el Magnífico, Carlos VIII de Francia desciende a Italia. «El nuevo señor de Florencia, Pedro de Médicis —anota Renaudet—, incapaz de dominar las dificultades interiores, incapaz de maniobrar hábil y honradamente entre los peligros de la invasión francesa, huye el 8 de noviembre de 1494, ante el pueblo sublevado. Se verifica así la predicción de Cosme el Antiguo: «Conozco los humores de este lugar: no transcurrirán cincuenta años sin que no seamos expulsados.» Rápida y entusiásticamente se restaura la república. Pero la joven república se abandona en seguida al gobierno del dominico Jerónimo Savonarola: heredero de la tradición de reforma ascética y monacal que desde la Edad Media venía protestando contra la decadencia del espíritu cristiano en la Iglesia y en la sociedad, contra la invasión de la ambición temporal en la Iglesia, la búsqueda

(7) AGUSTÍN RENAUDET: *Maquiavelo*, págs. 37-38.

de la riqueza y el poder; heredero de este espíritu de apocalipsis que, desde el siglo XIII, con la predicación de Joaquín de Floro y la difusión del Evangelio eterno, profetizaban la renovación del mundo, la venganza y la justicia divinas, la victoria final de los santos. Durante cuatro años Savonarola gobierna Florencia e intenta fundar en la ciudad una república cristiana y puritana, la misma empresa que medio siglo más tarde conseguiría Calvino realizar en Ginebra. Choca con la indiferencia escéptica de la burguesía, contra el odio de los partidarios que los Médicis conservaban, contra la fuerza siempre temible del Papa y de la Santa Sede, que no volvió a verse debilitada por ningún nuevo cisma y que impuso sus directrices a Florencia, ciudad güelfa. Después de un proceso trágico e irrisorio, el 23 de mayo de 1498 Savonarola es ahorcado y quemado ante el Palacio de la Señoría» (8).

Maquiavelo observó ambos acontecimientos políticos de su patria con fina intuición y enriqueció su experiencia personal con la enseñanza derivada de los mismos. Respecto del régimen de Lorenzo el Magnífico y en general respecto de la dinastía medicea, Maquiavelo se mostró siempre cauteloso y reservado. Donde mejor se pueden estudiar las relaciones de Maquiavelo con los Médicis es, sin duda, en la *Istorie Fiorentine*, compuesta en ocho libros. El primero da un resumen de la historia general de Italia desde la invasión de los bárbaros hasta cerca de 1434; los otros tratan de la historia de la ciudad de Florencia hasta 1492, año de la muerte de Lorenzo de Médicis. Comentando las *Istorie Fiorentine* ha dicho Ed. Feuter: «Maquiavelo comenzó fijándose libremente el punto de partida de su obra, no en 1434, es decir, al principio de la dominación de los Médicis, sino con el origen de la ciudad. La introducción, que no debía servir sino de frontispicio a la relación de los altos hechos de los Médicis, ocupa cerca de la mitad del libro, olvidando su misión oficial: En los últimos cinco libros, donde esto no podía hacerse ya, salió del paso haciendo recaer el acento, contra su intención primera, sobre la política exterior, cuyo examen hubiera conducido forzosamente a la glorificación de los Médicis... Los Médicis tuvieron una ración exigua. Lo cierto es que él se abstuvo de censurarlos» (9). Respecto de fray Jerónimo Savonarola le quedó la convicción íntima expresada en un aforismo pleno de verdad: Todos los profetas armados vencen, pero los profetas inermes sucumben.

Después del fracaso de Savonarola, *el profeta desarmado*, Maquiavelo tuvo la oportunidad de ingresar en la burocracia estatal en calidad de secretario de

(8) Idem, págs. 49-50.

(9) EDITORIAL FEUTER: *Historia de la historiografía moderna*, vol. I, pág. 82, Nova, Buenos Aires, 1953.

la segunda Cancillería de la República florentina. Durante catorce años de servicio a su patria pudo enterarse de manera práctica tanto de la estructura y funcionamiento del Estado como de sus relaciones con los demás Estados. No era él la cabeza del gobierno, pero conocía el tejido complicado de la política mejor que Soderini, el titular del poder, y desempeñaba su papel de secretario con idoneidad, interés y aun pasión. Mas sobrevino lo que no era difícil predecir en tiempos turbulentos como aquellos del Renacimiento y de la vida política florentina. Los Médicis recuperaron el poder una vez más, la república sucumbía otra vez y se restablecía con furor la continuidad del poder personal. Ya no eran estadistas de la altura de Cosme o de Lorenzo el Magnífico los usufructuarios del poder, sino descendientes de aquellos cuya *virtú*, es decir, el talento y la fuerza, les había destacado en la vida pública. Maquiavelo tomó a la fuerza el camino del confinamiento. Muy a su pesar se recluyó en su propiedad rural de San Casciano y ahí meditó profundamente sobre la naturaleza y las formas del poder, sin perder de vista su objetivo exclusivo y obsesionante, a saber: la formación de un Estado nacional italiano. A la vida activa de funcionario público, ya que no de político, sobrevinía para él la vida contemplativa de pensador político innovador y revolucionario. Los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y *El Príncipe* son el fruto óptimo de estudio y meditación durante los años largos y tediosos de su reclusión involuntaria.

En los *Discursos*... y en *El Príncipe* usó de modo oportuno y atinado su preciosa y copiosa experiencia adquirida como funcionario de la república florentina. «Dos cancillerías —dice Agustín Renaudet— se repartían la correspondencia de la república florentina. La primera aseguraba las relaciones con los países extranjeros. Su jefe era el canciller o secretario de la república. Algunos hombres de alto valor e importancia en la historia política e intelectual de la ciudad, Coluccio Salutati, Leonardo Bruni, Poggio Bracciolini, Carlo Marsupini, Benedetto Accolto, Bartolommeo Scala y Cristóforo Landino, habían ocupado este puesto, que en principio nunca se pensó en confiar a Maquiavelo. La segunda cancillería aseguraba las relaciones administrativas con los oficiales y magistrados establecidos en las ciudades súbditas. Desde el 14 de julio de 1498, Maquiavelo, sin abandonar la segunda cancillería, fue puesto a disposición, como secretario, de los Diez de la Libertad y de la Paz, llamados corrientemente los Diez de la Autoridad Suprema, *Dieci di balia*. Estos magistrados, renovados por elección cada seis meses, dirigían la administración interior del territorio, organizaban la defensa militar y, bajo el control de la Señoría y del canciller, mantenían una correspondencia diaria con los embaja-

dores y oradores enviados al extranjero. Maquiavelo seguiría de secretario de la segunda cancillería y de los Diez hasta la caída de la república y la vuelta de los Médicis en septiembre de 1512» (10).

2. «EL PRÍNCIPE», LA OBRA MAESTRA DE MAQUIAVELO

A *El Príncipe* debe Maquiavelo su fama y su infamia. Maquiavelo comediógrafo, autor de la *Mandrágora*, o Maquiavelo historiador, autor de las *Istorie Fiorentine*; habría pasado casi inadvertido, como de hecho Maquiavelo poeta pasó inadvertido a su contemporáneo Ariosto en el juicio de los poetas italianos. Por *El Príncipe* Maquiavelo fue conocido velozmente en las cortes y cenáculos literarios, filosóficos y políticos. Por *El Príncipe* también fue ora ensalzado hasta los cielos por unos, ora hundido hasta los infiernos por otros. No hay lengua culta sobre la tierra a la que no haya sido traducido, como no hay bando o partido político en cuyo seno no se discutan sus ideas. Para los italianos del siglo XIX fue un programa político y un ideal transformado en realidad.

El Príncipe tuvo origen en las veladas de San Ciaciano. Era fruto de estudio y meditación. Se formó como una parte de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Por eso, en el fondo, no existe contradicción entre las ideas republicanas de los *Discursos...* y la teoría del principado nuevo de *El Príncipe*. El eslabón que une a los dos libros es, sin duda, el capítulo de los *Discursos...* sobre la dictadura virtuosa. Es la misma solución de la política romana para los tiempos de peligro para la república. De la dictadura virtuosa al déspota ilustrado ciertamente sólo hay un paso. La tesis de que *El Príncipe* es parte desprendida de los *Discursos...* no es extraña entre los estudiosos de Maquiavelo. El conde Carlo Sforza, por ejemplo, ha ensayado hace pocos años con éxito relativo una refundición de *El Príncipe* con los *Discursos...* (11). Desde este ángulo, que incluye a *El Príncipe* en una perspectiva mucho más amplia, se destaca en mayor grado la importancia de Maquiavelo para la ciencia política.

Los motivos que impulsaron a Maquiavelo a escribir *El Príncipe* son suficientemente conocidos, puesto que el mismo autor los ha expresado de manera clara en su carta a Francesco Vettori. Quería rehabilitarse ante los Médicis, ofreciéndole a uno de ellos, como de hecho ocurrió, pero quería también dar expre-

(10) AGUSTÍN RENAUDET: op. cit., págs. 53-54.

(11) Conde CARLO SFORZA: *El pensamiento vivo de Maquiavelo*, págs. 29-30, Lozada, Buenos Aires, 1945.

sión a su teoría sobre el Estado nacional italiano. «No es posible —escribe Friedrich Meinecke— negar la realidad de los motivos personales y actuales que le impulsaron a escribir la obra, pero en ésta se volcó también, desde un principio, toda su filosofía política y todo su deseo de ver a Italia liberada de los bárbaros» (12). El hombre político que bullía dentro de él no quería permanecer ocioso y al borde de la pobreza y menosprecio en el retiro de San Casciano. Quería más bien entrar de lleno en la palestra y probar *fortuna* en su *last chance*.

El plan trazado por Maquiavelo en *El Príncipe* es sencillo. Se refiere concretamente a la adquisición, conservación y pérdida de los principados. El énfasis recae sobre los *principados nuevos*. A esta clase pertenecería el Estado nacional italiano de sus sueños de gran visionario político. No obstante la exhortación final, *El Príncipe* se ocupa de estados reales del presente a la luz de la experiencia histórica, del testimonio y de la observación directa. El tema le ofrecía por dondequiera la realidad política del momento. No tenía sino que observar, comparar y concluir. Desde el capítulo primero al décimocuarto se refiere a la adquisición y conservación de los principados; los capítulos décimoquinto al vigésimotercero se refieren a las cualidades y conducta de los príncipes; los capítulos vigésimocuarto y vigésimoquinto a las causas de la pérdida de los principados, incluyendo la especulación pseudofilosófica sobre la fortuna, y el vigésimosexto, que se aparta casi abruptamente del tenor general de la obra, contiene la famosa exhortación a la liberación de Italia. ¡Es el desahogo de quien amaba a su patria más que a su alma! ¡Es el canto del gallo que anuncia la alborada!

República y principado son en Maquiavelo dos formas de gobierno. «Influído de manera perceptible por sus experiencias dentro del ámbito italiano —dice Karl Loewenstein—, en el cual coexistían Ciudades-Estados republicanas y un neoabsolutismo postfeudal, Maquiavelo estableció que en un principado (monarquía) la soberanía radicaba exclusivamente en el detentador del poder, bien por derecho o por fuerza —significativamente, el secretario del Estado florentino fué bastante más consciente del elemento poder en la política que sus predecesores—, mientras que la soberanía en una república está distribuída en una mayoría o una colectividad de personas que constituyen los detentadores del poder. Distanciándose del nominalismo cuantitativo de la vieja escuela, Maquiavelo no reconoce a la aristocracia como una forma especial y la adscribe a la república» (13).

(12) FRIEDRICH MEINECKE: *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, página 43, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1959.

(13) KARL LOEWENSTEIN: *Teoría de la constitución*, pág. 44, Ediciones Ariel, Barcelona, 1965.

Objeto principal y exclusivo de estudio de *El Príncipe* es la forma de gobierno llamada principado (monarquía). Así lo ha declarado expresamente su autor. «Pasaré aquí en silencio las Repúblicas —dice Maquiavelo—, a causa de que he discurrido ya largamente sobre ellas en otra obra; y no dirigiré mis miradas más que hacia el Principado» (14). Una vez determinado y circunscrito el tema a la forma de gobierno cuyo detentador de poder es el príncipe, Maquiavelo concentra todo su interés en los *principados nuevos* y su manera de adquirirlos.

Los principados nuevos se adquieren: 1) Por el valor. Es el caso de Francisco Sforza, quien, de simple particular que era, llegó a ser duque de Milán. 2) Por la fortuna. Aquí es necesario tener en cuenta el sentido que Maquiavelo y en general el Renacimiento italiano asignaban a este término. Es el caso de César Borgia, en quien fincó Maquiavelo sus esperanzas de que fuera el unificador de la nación italiana. 3) Por la maldad. Sirven de ejemplos Agatocles para la antigüedad clásica y Oliverot de Formo para la época renacentista. 4) Por el favor de los ciudadanos. Maquiavelo llamó civil a este principado.

La esencia o quintaesencia del maquiavelismo se encuentra en los capítulos décimoquinto a décimoctavo de *El Príncipe*, en los cuales se refiere Maquiavelo a las cualidades y a la conducta de los príncipes. Sobra advertir que el lenguaje empleado aquí por Maquiavelo no es el del moralista, sino el del político. En consecuencia, el criterio para juzgar las personas y los actos humanos no es el sumo bien, sino la suma necesidad política. La idea de esta necesidad tuvo origen precisamente en Maquiavelo y recibió luego expresión y desarrollo teóricos. Es la idea de la *ragione di Stato*. No es correcto, sin embargo, exagerar el sentido de esta idea en Maquiavelo. A pesar del neopaganismo y naturalismo que en materia moral se le achacan con fundamento en su crítica de la moral cristiana y en su expresa secularización de la moral y la política, los valores morales y políticos usados por Maquiavelo son los mismos valores de la civilización occidental. Por ejemplo, cuando recomienda al príncipe nuevo la circunspección en sus palabras y actos, invoca cinco virtudes o valores: bondad, buena fe, integridad, humanidad y piedad (religiosidad). Igualmente encontramos a través de *El Príncipe* la referencia a la prudencia, la lealtad, la moderación, la nobleza, la veracidad y a sus correspondientes disvalores. En ningún momento denomina Maquiavelo bien al mal y virtud al vicio. Es solamente por *ragione di Stato*, es decir, por la salud y conservación del Estado, que el príncipe se ve abocado a la necesidad de obrar de cierta ma-

(14) MAQUIAVELO: *El Príncipe*, pág. 11, Espasa Calpe, Argentina, 1943.

nera que choca en apariencia con la moral ordinaria. Por razón de Estado el príncipe *tiene que* hacer uso de la fuerza o violencia.

La moral y el Derecho justifican el homicidio en legítima defensa o en estado de necesidad. El príncipe puede verse en análogas circunstancias. «Cuando le sea indispensable derramar la sangre de alguno —dice Maquiavelo— no deberá hacerlo nunca sin que para ello haya una conducente justificación y un patente delito» (15). La paz social es un valor, pero como en el caso de la legítima defensa individual o del estado de necesidad, el príncipe *tiene que* decidir hacer la guerra para salvar al Estado. «Una guerra es legítima —dice Maquiavelo— por el solo hecho de ser necesaria; y las guerras son actos de humanidad cuando no hay ya esperanzas más que en ellas» (16). No es cierto que Maquiavelo exaltara incondicionalmente la fuerza bruta. La *brutta cupidità di regnare* tiene el freno de la ley. «Es menester, pues —dice Maquiavelo—, que sepáis que hay dos modos de defenderse: el uno con las leyes y el otro con la fuerza. El primero es el que conviene a los hombres; el segundo pertenece esencialmente a los animales; pero, como a menudo no basta el primero, es preciso recurrir al segundo. Le es, pues, indispensable a un príncipe el saber hacer buen uso de uno y de otro enteramente juntos» (17).

Para conducir a los hombres y organizar el Estado sólo existen dos medios conocidos y empleados hasta el presente, a saber: la persuasión y la fuerza. La persuasión incluye la educación y la legislación. Ambas tratan de modelar al hombre y capacitarlo para la convivencia pacífica. Ambas, hasta cierto punto, han morigerado los apetitos humanos, pero no han logrado del todo dominar el instinto de destrucción insito en la condición humana. De ahí que la educación y la legislación mismas admitan la fuerza para disciplinar la conducta humana. El Estado, máxima organización del poder entre los hombres, no podría prescindir de la fuerza para el cumplimiento de sus fines. Maquiavelo ha visto claramente este aspecto de la misión del Estado. Y antes que él, Cosme de Médicis, fundador de una dinastía de poder en la patria del republicano Maquiavelo, se había dado cuenta de que no se puede gobernar con *Padre-nuestros* o con escapularios. Para mantener el orden y la paz en el interior del Estado, y para salvaguardar en el exterior la soberanía del Estado, la fuerza es indispensable.

Ahora sí me parece que es el momento de analizar el principio atribuido a Maquiavelo de que *el fin justifica los medios*. La idea se encuentra expresada en *El Príncipe*. Maquiavelo se refiere específicamente al fin supremo del

(15) Idem, pág. 82.

(16) Idem, pág. 126.

(17) Idem, pág. 84.

Estado, que no es otro que su conservación. «En las acciones de todos los hombres, pero especialmente en las de los príncipes, contra las cuales no hay juicio que implorar, se considera simplemente el fin que ellos llevan. Dedíquese, pues, el príncipe a superar siempre las dificultades y a conservar su Estado» (18). Estas son literalmente las palabras de Maquiavelo. Es el fin ontológico de permanecer en el ser lo que justifica el empleo de los medios adecuados para la consecución de ese fin. El instinto de conservación del Estado no es menos fuerte que el del individuo. Todo ser, escribiría más tarde Benito Spinoza, tiende a permanecer en su ser.

A diferencia de Platón, que escribió del Estado *como debiera ser*, Maquiavelo escribió del Estado *tal como es*. Y tuvo plena conciencia de esta diferencia entre lo axiológico y lo ontológico; entre la filosofía del Estado ideal y la ciencia del Estado real. Conocía la distancia que hay entre saber cómo viven los hombres y cómo deberían vivir. Sus premisas antropológicas son rotundas: los hombres son malos y generalmente son ingratos, volubles, disimulados, huyen de los peligros y ansían las ganancias. De esta concepción del hombre, surge también su método positivo y objetivo.

El Príncipe no es un libro de moral. Es una monografía científica y técnica sobre los principados (monarquías). Describe cómo se conducen los príncipes. Y de esa conducta efectiva infiere, mediante la observación y comparación de los hechos, máximas generales. Compara el arte de gobernar con el de curar. El médico experto procede primero a diagnosticar la enfermedad, luego a pronosticar su desarrollo y consecuencias y finalmente a aplicar la terapéutica adecuada. «Sucede lo mismo —anota Maquiavelo— con las cosas del Estado: si se conocen anticipadamente los males que pueden manifestarse, lo que no es acordado más que a un hombre sabio y bien prevenido, quedan curados bien pronto; pero cuando, por no haberlos conocido, les dejan tomar incremento de modo que llegan al conocimiento de todas las gentes, no hay ya arbitrio alguno para remediarlos» (19).

En *El Príncipe*, como en todo libro imperecedero, conviene distinguir lo vivo y lo muerto de su contenido. Lo vivo es la tesis de la política como una relación de poder y de la lucha a menudo cruenta por la consecución del poder. La historia y la experiencia presente confirman esta tesis. Lo muerto es todo el conjunto abigarrado de hechos e ideas circunstanciales de que se sirvió Maquiavelo para dar expresión a su tesis. Lo vivo del pensamiento de Maquiavelo continúa hoy agitando a los hombres comprometidos en la conduc-

(18) Idem, pág. 87.

(19) Idem, pág. 19.

ción y transformación del Estado y a los politólogos obligados a interpretar científicamente la conducta política tanto en el plano nacional como en el internacional.

B. MANTILLA PINEDA

R É S U M É

Machiavel s'est converti, grâce à son livre "Le Prince", en un véritable scandale de la civilisation occidentale. Bien que son nom fût maudit, la lecture de son livre sanctionnée et sa pensée déformée, Machiavel ne s'est pas laissé vaincre par le tumulte de vociférations des moralistes et des politiciens, des historiens et des théologiens. Chaque génération et chaque période de l'histoire a toujours repensé ses idées, remettant en question la portée de celles-ci, tout en évaluant la valeur morale de leur enseignement politique. Il semble bien que Machiavel retourne sur terre de temps en temps afin d'attiser le feu des disputes politiques et de signaler des objectifs à la science politique qu'il avait initié à l'époque moderne.

Il est très difficile de connaître Machiavel. Sa personnalité a dû faire face à de sérieuses difficultés d'ordre subjectif. Les préjugés religieux et les passions politiques déformèrent cette personnalité au point d'en faire une véritable caricature de l'authentique. Pour arriver à elle, il faudrait utiliser la formule que quelques chercheurs américains ont récemment employer et qui est dirigée vers ce qu'ils appellent la personnalité de base. "Ils doivent étudier —comme le dit Meynaud— les divers facteurs qui peuvent lui proportionner sa configuration". Et dans ces facteurs il faut tenir compte de l'ambiance dans laquelle Machiavel est né, de l'ambiance familiale, de l'éducation reçue, de ce que Florence et l'Italie signifiait à cette époque (l'une l'épicentre de l'Italie, l'autre de pays le plus civilisé de l'Europe). La vie et l'activité de Machiavel s'insèrent dans une période vraiment exceptionnelle de l'histoire de l'Occident, et il fut témoin d'événements politiques de grande importance, comme par exemple la tyrannie civile de Lorenzo de Médicis et la restauration de la république avec Savonarola. Après l'échec de celle-ci, il entre comme secrétaire de la deuxième Chancellerie de la République florentine, ce qui lui a permis de connaître de façon pratique, pendant ces quatorze années de service, aussi bien la structure et le fonctionnement de l'Etat que ses relations avec les autres Etats. Quand les Médicis reprirent possession du pouvoir et rétablirent le pouvoir personnel, Machiavel se retira dans sa propriété rurale de San Casciano, et là il put méditer profondément sur la nature et les formes de pouvoir, sans perdre de vue son objectif exclusif et obsédant: la formation

d'un Etat national italien. Ces quelques années d'étude et de méditation ont donné comme fruit les "Discours sur la première décade de Tite Live" et surtout son chef d'oeuvre "Le Prince". Dans ce dernier il faut distinguer, comme dans tout livre impérissable, ce qui est mort et ce qui est vivant dans son contenu: ce qui est vivant dans la thèse de la politique en tant que relation de pouvoir et lutte acharnée parfois pour l'obtention de ce pouvoir. La part vivante de la pensée de Machiavel continue à agiter les hommes engagés dans la conduite et la transformation de l'Etat, ainsi que les politiciens obligés d'interpréter scientifiquement la conduite politique sur le plan national comme sur le plan international.

S U M M A R Y

"The Prince" turned Machiavelli into the bone of contention of Western civilization. Although his name was anathematized, his book forbidden and persecuted, his ideas twisted, Machiavelli was never broken by the outburst of criticism from moralists and politicians, from historians and theologians. Each generation and each period of history goes back persistently to reconsider his ideas and to assess the exact depth of his thinking and to revalue the morality of his political teaching. It is as if Machiavelli comes back to earth over and over again to poke up the embers of political discussion and to point out which course to take to political science which he in the Modern Age had already initiated.

It is difficult to get to know Machiavelli. His personality is always coming up against serious difficulties of a subjective nature. Religious prejudices and political passions deformed his personality to such an extent that it became a caricature of his real personality. In order to get through to his real personality one would have to use the method adopted recently by some American research scientists which they call the basic personality. As Meynaud says, "We must study the different factors that form his make-up". These factors include the background into which Machiavelli was born, family influences, education, the importance of Florence and Italy at that particular time (Florence was the epicenter of Italy, and Italy was the most civilized country in Europe). Machiavelli's life and activity fit into a brilliant part of the history of the West and he was a witness to political events as outstanding as the civil tyranny of Lorenzo de Medici and the restoration of the Republic lead by Savonarola. After the fall of the republic he became Secretary of the Second Chancellery of the Florentine Republic which enabled him to obtain a practical knowledge over fourteen years of service of the

structure and workings of the State and its relations with other States. When the Medicis came into power again and reestablished their personal power, Machiavelli shut himself away in his country residence in San Casciano and gave himself up to deep meditation on the nature and forms of power keeping one exclusive and obsessive objective in mind: to form a national Italian State. To mark those years of study and meditation, we have the "Reports on the first decade of Tito Livio" and more important still, his masterpiece, "The Prince". In this work, as in every everlasting book, one must distinguish the living from the dead. The living is in the thesis of politics as a relation of power and fighting which is often bloody in order to attain that power. Machiavelli's live ideas continue to excite both the men who are involved in the running and transformation of the State, and the political scientists whose business it is to interpret scientifically all political behaviour on a national and international level.